

*Contextos y texto de una crónica
Libro tercero de la historia religiosa
de la Provincia de México de la Orden
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 23

DEL BENDITO Y VENERABLE PADRE FRAY FRANCISCO DE LOAYSA

El bendito y venerable padre fray Francisco de Loaysa fue natural de la villa de Béjar del ducado de este nombre en España y hijo de padres nobles. Pasó a esta Nueva España siendo mancebito, poco después que los españoles la conquistaron, y tomó el hábito en Santo Domingo de México, a donde profesó en manos del bendito padre fray Domingo de Betanzos, que era prior, a los 29 de setiembre en que se celebra
1544 la fiesta del glorioso arcángel san Miguel, del año de Cristo 1544. Y habiendo sido ordenado sacerdote, le envió la obediencia a los pueblos de la nación mexicana a que deprendiera la lengua de ellos, ayudara a la conversión y doctrina de los indios, y trabajara en la obra de esta viña y nueva planta de la Iglesia. Todo lo cual hizo él con mucho gusto y ventajas. Deprendió y supo excelentemente la lengua mexicana como cualquiera indio elegante y cortesano, y así hablaba y predicaba en ella con la destreza y facilidad que en la española; la cual enseñaba con mucha voluntad a los que querían deprenderla y los animaba a ello, y así me la enseñó a mí. Y no sólo en esto sino también en la administración de todos los sacramentos trabajó hasta la muerte, con que hizo mucho fruto y ganó muchas almas para Dios.

Fue mansísimo de condición y muy apacible en su trato, de maravilloso sentimiento en la virtud y muy celador de ella y de la observancia regular. Amigo de los buenos y favorecedor de ellos; y él por sí muy religioso y observantísimo de la ley de Dios y de su regla y constituciones. Muy humilde, benigno y caritativo para con todo género de gentes, y en especial con los pobres y necesitados, con los cuales (aunque era muy pobre en su persona y de corazón) se mostró siempre muy magnífico y liberal socorriéndolos en sus necesidades, para lo cual tuvo siempre mucha mano, por haber sido muchos años prelado y vicario de los pueblos más principales de los indios de la nación mexicana; definidor y vicario provincial algunas veces. Muy templado en el comer y beber: comía casi siempre cosas cuaresmales y muy raras veces carne. Con vivir lo más del tiempo en tierra muy caliente siempre vistió lana y nunca lienzo si no era con ocasión de grande enfermedad y eso raras veces, porque fuera de estar quebrado, por maravilla estaba enfermo. Fue siempre muy casto, modesto y moderado en sus obras y palabras, de tal manera, que nunca se le sintió la menor liviandad del mundo. Muy seguidor de la comunidad y amigo del bien común; devotísimo del misterio de la Santísima

Trinidad, de la Virgen Nuestra Señora y de otros santos; iba siempre a maitines a media noche, aunque estuviese solo, y así era muy dado a la oración y contemplación, y sus principales oraciones el santo rosario, el cual y otras devociones que tenía andaba siempre rezando. Y así por esto, como por ser naturalmente falto de sueño era muy poco lo que dormía, y cualquiera ocasión de ruido por muy pequeña que fuese le despertaba. Anduvo muchos años quebrado de entrambos lados y con grandes roturas, por las cuales le salían las tripas a menudo y le ponían a riesgo de perder la vida, y para remedio de esto traía siempre un cinto y braguero de hierro con unos grandes cojinetes que además de la grande pesadumbre que le causaban le desollaban las carnes, por ser todo ello un áspero silicio y un modo de grande penitencia, todo lo cual llevaba él por Dios con mucha paciencia. En los últimos años de su vejez le quitó Dios la vista de los ojos, y aunque él lo llevaba también con mucha paciencia y humildad por una parte, por otra lo sentía por haber quedado con ello privado de decir misa, cosa que él estimaba en mucho, y la había dicho siempre casi todos los días. Pero Dios, como piadoso y bonísimo que es, le quiso consolar y le volvió cuatro o cinco años antes que muriese la que fue necesaria para decirla, la cual volvió a decir todos los días, como solía, con que vivió muy consolado.

Con este tesón de virtudes y ejercicios santos pasó lo restante de la vida, y habiendo recibido todos los sacramentos dio su bendita alma a Dios en el convento de Santo Domingo de Izucan, a los dos de septiembre del año de Cristo 1602, a las diez horas de la noche poco más o menos, y fue sepultado en el capítulo del mismo convento que servía de iglesia mientras se acababa la nueva, en la peaña del altar mayor.

A la misma hora de la noche que pasó de esta vida, estando durmiendo un religioso viejo, grande amigo suyo en el convento de Santo Domingo de Tlaquiltenango que dista de Izucan 17 leguas, soñó que entrando por el de Izucan preguntó a un religioso qué hacía el bendito padre fray Francisco de Loaysa, y que él le respondió que estaba cantando el prefacio (que es una parte de la misa)¹²² y que con esto se fue al coro para oírle, a donde en entrando oyó por dos veces una voz suya que decía: *Salvus sum, salvus sum*. Salvo soy, salvo soy. A la mañana contó el religioso su sueño a otro que también era muy amigo del bendito padre y sospechando entrambos que fuese muerto notaron el día y la hora y despacharon un mensajero a Izucan a saber si había habido alguna novedad en aquel convento y en qué día

1602

Fr. Hernán de Almans

¹²² Parte de la misa que precede inmediatamente al Canon.

y hora. De donde les escribieron que el bendito padre fray Francisco había pasado de esta vida la hora del día y noche que dijimos; con que ellos quedaron muy consolados. Certificáronse que el sueño había sido revelación y cosa del cielo; y por la buena vida del difunto y la misericordia de Dios tuvieron por muy cierta su salvación.

CAPÍTULO 24

DEL VENERABLE Y BENDITO PADRE FRAY LORENZO DE LA ASUNCIÓN

El bendito y venerable padre fray Lorenzo de la Asunción fue natural de Flores de Ávila, una villa junto a la ciudad de Ávila en Castilla, y hijo de padres honrados labradores. Tomó el hábito de Santo Domingo en el insigne convento de Santo Tomás de la misma ciudad de Ávila a donde estudió, y vivió algún tiempo en San Pedro Mártir de Toledo, de donde siendo ya sacerdote vino a esta Provincia de México con celo santo de ayudar a la conversión de estos indios. Y así deprenvió luego la lengua mexicana, en la cual confesó y predicó a los indios hasta que murió, con grande fruto de ellos y ejemplo de su persona, cual se podía esperar de un varón santo y apostólico. Fue muchas veces vicario de los más principales conventos y pueblos que esta provincia tiene en la nación mexicana entre los indios; y en especial de las villas de Coyoacán, Atlacuuayan¹²³ y Azcapuzalco (vicario es el nombre que tienen los prelados de los frailes que viven entre los indios, por serlo también de ellos y de los pueblos). Y sintiéndose ya viejo dejó el oficio de vicario 20 años antes que muriese; pero no por eso dejó de predicar y confesar y administrar los otros santos sacramentos a los indios y españoles mientras vivió, todo lo cual hacía él con grandísima caridad.

Fue uno de los más observantes y concertados religiosos en lo espiritual y temporal que ha habido en esta tierra. Muy humilde y compasivo, caritativo y observantísimo de la ley de Dios y de su religión, y así deseaba que todos lo fuesen y le dolía mucho ver las faltas que en esto había y en especial en las cosas de la fe, en que fueron hallados unos miserables judíos, por lo cual me rogó escribir el libro de la venida de Cristo¹²⁴ como yo advierto en el prólogo de

¹²³ Debe decir Atlacuihuayan, Tacubaya.

¹²⁴ *La venida de Cristo y su vida y milagros: en que se concuerdan los dos testamentos divino Viejo y Nuevo*. Se publicó en Medina del Campo en 1602. Se conserva un ejemplar en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.